

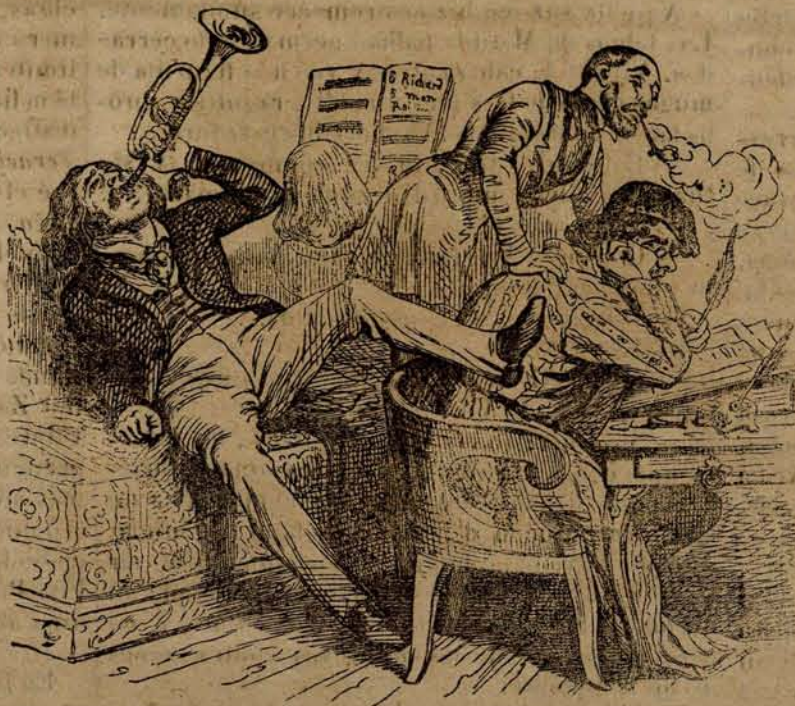
# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 382

MADRID 17 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



### MI VECINA.

«Huésped joven, que bramando,  
por mal trato que recibe,  
diga que está deseando  
dejar la casa en que vive  
si hay buena vecina en frente,  
miente.»

VILLEGAS.

Así canta un poeta amigo mío, y por cierto que apenas vi en estampa esa coplilla, pedí la palabra para una alusión personal. Está visto que en estos miserables tiempos no puede uno por mil razones, tener amigos: la primera porque no los hay, y la segunda... pero basta con la primera. Como no hay regla sin excepción, he tenido yo la fortuna ó la desgracia de tropezar con media docena de ellos, y algunos poetas satíricos que son la plaga mayor del universo los pronunciamientos inclusive. Por lucir un chiste sacan á relucir la vida y milagros de quien jamás sospechó que habría de dar que hacer á biógrafos ni á poetas; y con sin igual frescura le plantan un par de banderillas que levantan en el aire.

Pues señor, yo soy joven... (— Por muchos años, amigo. — Dios te oiga, caro lector.) Ya ven Vds. que esto no es cosa mala: soy huésped; esto siempre es malo: pero soy joven huésped que anduve buscando buenas vecinas, lo cual podrá muy bien tener de todo; mas nada tiene de particular. El hombre y por el hombre entiendo yo al varón y á la mujer bonita, el hombre pues es animal sociable. En que es un animal han convenido todos los sabios del mundo desde los siete de Grecia hácia nuestros flamantes folletínistas; en eso de lo *sociable* no hay tanta conformidad: y sabio hubo en el siglo pasado que nos quiso quitar de encima esa carga de vivir en sociedad, y cuidado que el tal sabio, sino hizo folletines,

«enjendró quien los ficiera.»

Así que nace el hombre ya busca la sociedad... rancamente, él no la busca, porque el pobre si quieto le dejan quieto se está, y era *rorro* perdido si la sociedad no viniese en figura de madre á darle de mamar, y á mecerle en la cuna y á arrullarle cantándole:

Duérmete, nene mío,  
que viene el coco.... &c.

Si ha celebrado con la madre algun pacto antes de salir de sus entrañas, no se lo disputo al susodicho sabio; porque tengo muy floca memoria y no me acuerdo de lo que á mí me pasó por aquellos adentros. Y si el hombre busca la sociedad por qué no ha de preferir la buena á la mala? Y la vecindad no es la sociedad mas íntima? luego es casi casi un precepto de ley natural el buscar buenas vecinas.

En cumplimiento de este deber me eché á bogar por esos mares de Dios, hasta dar de mareas á boca con una buena vecina siquiera; porque siempre he tenido para mí que lo bueno es el éter mas escaso en el comercio del mundo. Quince dias anduve recorriendo hoteles, fondas y casas de huéspedes, no comiendo jamás donde dormía, y *vice versa*; y treinta dias pesetas hubiéndome saltar para el mazo de cordel, que dos veces al dia cargaba con mi equipaje. En todas partes me perseguían patronas viejas, grasosas, corpulentas, hombrunas ó diabólicas por mejor decir: vecindad horripilante, contraria, opuesta diametralmente á los preceptos de la ley natural; mas al fin, despues de haberme reventado de subir y bajar escaleras, y roto una pierna en un mal piso; reducido mi búl á la mas mísera expresión; porque en cada cuarto me dejaba olvidada una *pranda*, tuve el gusto de sentar mis reales perpetuamente, y asomándome al balcon por las mañanas, despues de refregar los sonolientos ojos, veía coronadas rejas y ventanas de cien muchachas á cual mas linda, que disfrutaban de la fresca y ea seductor *negligé*, alias, en mangas de camisa se levantaban en verano. Niñas eran de diferentes clases y ocupaciones; las habia sin otra que la de asomarse al balcon y hacer tal cual guiño á tal cual *flaneur*, ó paseante en corte: habíalas que adrede parecían nacidas para dar gusto, y que como las ollas de Camacho el rico, estaban diciendo: «comedme, comedme.»

Celoso de mi adquisición á nadie ofrecía mi casa ni aun á tí mismo, lector amado, que has tenido la paciencia de seguir hasta aquí, ni aun á tí mismo te hubiera dicho una palabra, á riesgo de pasar por ingrato y por grosero. En esa parte tú y el emperador de la China estabais iguales. No sino que de buenas á primeras, de bóbilis bóbilis, y como quien dice: allá voy como Pedro por su casa, te colases en la mía, y comieses la sopa boba, despues que tantos afanes, sudores y

fatigas me costó su conquista! Allí me estangué, como expediente en oficina del gobierno; y así pensaba yo en moverme como los empresarios de teatros en sacudir el polvo á dramas originales... *Carcomidos por la edad!* No, señor mientras tenga yo buenas vecinas y malas traducciones los empresarios, debemos permanecer *in statu quo*: yo hasta que insensiblemente vaya enterrando á mis muchachas, y ellos hasta que se ulten el teatro nacional.

Pero entre todas mis vecinas di en la flor de prendarme de una tan sola; moderacion sin ejemplo en los anales de mi vida. Hicela señas y guiños: me puse la mano en el corazón, y aunque la temperatura atmosférica era sumamente benigna aquellos dias, me acordé un estorco mis tenoz por un poco presuntivo. Apenas me asomaba al balcon principiaba á toser por efecto del susodicho ataque pulmonar, que solia durar hasta que mi hermosa vecina aparecía en su ventana. Varios amigos tuvieron no se hiciese crónica esta enfermedad y estaban con su paquillo de cuidado: pero yo sabia que á ambición y el hambre son las únicas enfermedades crónicas de este siglo, me reía en mis adentros de su simplicidad y vivía sin aprension alguna.

Lo malo fué que la dolencia se hizo contagiosa: tosia yo y tosia mi vecina, y formáramos luego unos duos celestiales que hubieron de incomodar al resto de mi amable vecindad, cuyo apergaminado tiempo no percibí cual yo la dulzura de aquellas sublimes armonías.

A propósito de música. Mi vecina era filarmónica: todos los dias me regalaba con arias, romanzas y cavatinas que cantaba, acompañándose al piano, con una voz sonora, metálica, limpia, robusta, angelical, divina. Las ventanas abiertas de su casa brotaban raudales armoniosos que inundaban de júbilo mi corazón. A aquellos trinos de ruiseñor, á aquellos ecos desconocidos acabaron por trastornarme el juicio; porque han de saber Vds. que soy furioso *dilettante* y que me muero por una que cante bien y sea buena moza.

A todo esto la tos iba en aumento, y un amigo mío me dió un remedio para ella, que fué escribir á mi adorada cantatriz un billete que él mismo tuvo la bondad de traducirme de una novela francesa. ¡Admirable específico! Por el ventanillo de la puerta lo recibí mi niñata, y á la media hora pasé á recoger su producción literaria; la



leo, y desde aquel momento no hubo ya necesidad de toses ni de estornudos, y ella y yo quedamos radicalmente curados.

¡Oh mágico poder de una traducción! ¡Y luego escatime Vd. aplausos á los traductores, y ovaciones, glorias y triunfos cuando tal poder ejercen sobre los pulmones!

Sucede muchas veces que tomamos una medicina por necesidad y luego continuamos usándola por vicio. El que principia á fumar por un simple dolor de muelas de un par de dias es fumador hecho y derecho toda su vida, aunque el humo del cigarro le eche á perder la dentadura que respetara la fluxion. Esto me sucedió con las cartas, tras de las cuales me chupaba los dedos. Se repitieron con tanta frecuencia cual puede verlo el curioso lector en mi archivo de billetes amorosos, faja número 59 (sigo el orden cronológico), que es el mas abultado de los antecedentes y subsiguientes.

Algunos dias pasaron de esta volcánica correspondencia. El ventanillo de la severa puerta de mi adorado tormento continuaba siendo el cauce por donde corría aquel rio de felicidad; pero siempre la felicidad venia trazada en caracteres. Mi encantadora vecina llegaba siempre con tal sobresalto, y prisa, y miedo, y silencio, que puestas el dedo índice de su mano izquierda en sus divinos labios, con la diestra entregada ó recibia el papel, me miraba un momento con una dulzura melancólica, acompañada de una estraña sonrisa, desapareciendo al punto como por encanto. Ardía yo en deseos de escuchar aquella su voz dulcísima, que debía hacer vibrar con inefable estremecimiento las fibras de mi corazón. Sus cantos eran cada dia mas frecuentes, mas expresivos: quedaba yo estático al escucharlos, y decia para mí en medio de mi embeleso: «¡Oh! cuando tú seas mía tengo de hacerte s'cia facultativa del Liceo, del Instituto, de la Academia Filarmónica, ó cuando menos del Museo!»

Un dia la escribí terminantemente que siendo su voz la que mas me enamoraba, y no permitiéndose por entonces introducirme en su casa, era preciso que cuando saliese de ella su mamá entrase yo á su cuarto para escuchar de cerca por vez primera sus acentos, mas dulces que los ecos de un arpa oídos entre sueños en medio de la noche. En vano esperé contestación: en vano quise desde mi balcon darle mis quejas: puertas y ventanas se cerraron para mí, y ¡oh martirio! dejé tambien de escuchar sus cantos celestiales. Aturdido me tenia semejante conducta. ¿cómo podía yo figurarme que tanto la ofendiese mi propuesta de pasar á su cuarto, cuando en el corto tiempo que nos tratáramos pudo conocer mis intenciones, siempre las mas puras y honradas del mundo?

De pechos en mi balcon, mordiéndome estaba el labio de rabia y desesperación, cuando veo á la mamá que salía de casa. No bien cruzó el esquín nazo, cojo el sombrero, bajo de cuatro saltos las escaleras de mi casa, llamo á la puerta de mi vecina, ábreme un cri-do. pregunto por la señorita, sin aguardar la respuesta entro en la sala, encuentro á mi hermosa sentada en un sofá, llorando á lágrima viva: lanza al verme un grito inarticulado y espantoso, queda como una estatua y yo postrado á sus pies; con reverente y conmovida voz la digo.

— Perdona, Matilde, perdona mi osadía: érame ya imposible vivir sin verte. Tu conducta es incomprendible para mí. ¡Ah! Dime que has dejado de amarme... habla... sácame de esta mortal inquietud. Abre tus labios aunque sea para pronunciar mi sentencia de muerte. ¿En qué pude yo ofenderte, bien mía?... No flores, mi bien, no flores...! una sola palabra tuya puede hacerme eternamente feliz ó desgraciado... Escuche yo

una sola vez el eco de tu voz divina, y moriré contento.

Yo no sé lo que pasaba por aquella muger, la sorpresa, el aturdimiento la tenían como muda; pero la congoja se aumentaba; sus ojos derramaban lágrimas á borbotones: la espresion de su rostro, tenia una mezcla indefinible de placer y desesperación: su silencio era sepulcral, y apenas tuvo ánimo para levantar una mano y tirar del cordon de una campanilla.

— Como! la dije yo, ¿duda Vd. de mí? ¿puede Vd. sospechar de la delicadeza de mis sentimientos? O es que te sientes mala, vida mía? Habla... una palabra tuya es mi mayor felicidad.

— Caballero...! dijo una voz sonora, dulce y magestuosa.

Aquella voz me hizo estremecer súbitamente. Los labios de Matilde habian permanecido cerrados. Vuelvo la cabeza atras y veo una figurilla de muger como de tres pies y medio, raquitica, jorobada, de enorme cabeza y horrible catadura.

— Caballero, dijo otra vez: comprendo la situación á que la imprudencia de mi hermana....

— Su hermana!

— O llámela Vd. falta de valor para anticiparle un cruel desengaño..

— Dios mío! ¿esta comprometida...?

— Es muda.

— ¡Muda! Gran Dios añadí con una especie de terror panico. Y Vd... señor Vd.

— Si, señor: yo soy la que cantaba, me interrumpió con cierta sonrisa entre burlesca y amarga, como dando á entender que comprendia mi embarazo. Mucho debía padecer la bella muda, que por lo visto no lo era de nacimiento al oír aquellas breves pero, terribles palabras de su hermana. Sus ojos estaban clavados en mí, y no perdian una sola de las mas leves contracciones de mi semblante.

Yo me hallaba en uno de los mayores conflictos y compromisos de mi vida; por un lado veia aquella magnífica estátua griega eternamente silenciosa; por otro á aquel vicho de tado del metal de voz mas suave y plateado que jamás habia oído. Estuve vacilando cuatro minutos, al cabo de los cuales hice á la muda una profunda inclinación: con los ojos arrasados en lágrimas saludé torpemente á su hermana, y al cuarto de hora ya estaba cargado un mozo de cordel con mi baul por la trigesima prima vez, y yo jurando á Dios y á mi ánima vivir en un desierto.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

### REVISTA DE TEATROS.

Necesidad tenemos de acudir por segunda vez al remitido inserto en el *Bien del País* con referencia al señor Gil y Zárate. Este distinguido poeta ha escrito como todos saben *Guzman el Bueno y Gonzalo de Córdoba*; cuyos dos asuntos ha tratado tambien el señor Pizarro en dos tragedias; una de ellas no la conoce el público: la otra se puso en escena hace unos catorce años, y según creemos no tuvo parte el señor Gil en que el señor Luna la representara y en que el señor Burgos la imprimiera. Pues bien, respecto del *Gonzalo de Córdoba* bueno es que no se ignore que ya en 1823 escribió el señor Gil y Zárate en Cadiz un libretto, encargándose un amigo suyo de componer la música para que se cantara en América: en su consecuencia bien podía reclamar el señor Gil la primacia: no la ha menester sin embargo por mil razones: descensé el señor Pizarro, pues el drama que se representará en el teatro del Príncipe nada absolutamente

tiene que ver con su tragedia: considérasele en esta en sus mocedades y al tiempo de la conquista de Granada; en el drama se presenta al Gran capitán en las guerras de Napoles. Acerca de *Guzman el Bueno* solo harémos una observacion sencillísima. El señor Pizarro leyó su tragedia manuscrita en el año de 1830: no se ha impreso despues; el señor Gil y Zárate ha tratado y embellecido este asunto en 1842.

Desde que con la revolucion política comenzó á desarrollarse nuestra literatura, varios han sido los triunfos escénicos alcanzados por nuestros autores, y varias las recompensas que han obtenido de los empresarios de los coliseos, ademas del precio que con arreglo á escritura tenían sus obras, cuando estas por su mérito y por el número de sus representaciones han salido de los límites comunes. Garcia Gutierrez obtuvo un beneficio por su *Trovador*: mereció la misma distincion Hartzembusch por sus *Amantes de Teruel*: una pluma de oro guarnecida de rubíes fué el regalo que siguió á la representacion de *doña Mencía*. Al señor Roca de Togores se le hizo el obsequio de las obras completas de Chateaubriand magníficamente encuadradas, cuando se representó *doña Maria de Molina*. En premio de la mucha aceptación que tuvo la segunda parte del *Zapatero y el Rey* recibió el señor Zorrilla de la empresa del teatro de la Cruz veinte onzas de oro. De aquí se deduce que los particulares han prestado y prestan en España mas apoyo á la literatura que los gobiernos, y eso que el ministerio de la gobernacion lo han ejercido ya dos literatos de nota. Solo el señor Pita Pizarro tendió á la literatura una mirada é hizo algo en beneficio suyo.

En la noche del sábado 14 de octubre se puso en escena en el Instituto español la comedia original del señor Rodriguez Rubí, titulada *Los dos validos o Castillos en el aire*. Decoraciones y trages fueron del mayor lujo; las niñas del colegio ricamente vestidas hicieron de damas de la reina, madre de Carlos II. todos los sócios que concurrieron á la representacion se esmeraron por su buen éxito, distinguiéndose entre ellos el señor Berzosa, en el difícil papel del jesuita Eberardo Nitard, que ejecutó con una perfeccion á que no es dado llegar á muchos autores de nuestros coliseos, manifestándolo asi la numerosa y lucida concurrencia que poblaba el salon del Instituto, con los unánimes aplausos que prodigó dicho señor Berzosa.

Tambien fueron muy aplaudidas dos discípulas del colegio que bailaron un lindo pax de deux de difíciles pasos y graciosas actitudes. Damos el parabien al Instituto Español por la acertada elección de las funciones que pone en escena y por el lujo con que las presenta al público.

### MAXIMAS MORALES.

Suelen transformarse en realidades los temores de la ternura; cree una madre descubrir en el rostro de su hijo señales de una enfermedad que no existe. Las demas quimeras de la vida en el orden moral y en el orden físico, producen las mismas ilusiones de placer y de pena.

Fácil es reconciliarse con un enemigo inferior á nosotros en las cualidades del corazón y del entendimiento, jamás se perdona al que nos supera en el temple de alma y en la elevacion del genio.

## TEATROS.

PERSONAJES.	ACTORES.		
PRINCIPE.	Marquesa. . . . .	Sras. Diez.	Ugieres. . . . . {
A las siete y media de la noche.	Clara. . . . .	Lamadrid.	Lledó. . . . . {
1.º Sinfonia á completa orquesta.	Petronila. . . . .	Llorente.	Ornero. . . . . {
2.º Decimatercia representacion de la comedia nueva, y en cuatro actos, y en verso, original de don Tomas Rodriguez Rubí, titulada	Zenon. . . . .	Sres. Romea (D. J.)	Fernz (D. J.)
	Conde. . . . .	Romea (D. F.)	compuesto
	Duque. . . . .	Sobrado.	por D. Angel, Estrella, bailado por el mismo en union de las señoras Diez, Castillo, Lopez, Menendez y Barrio y de los señores Bagá, Piga, Hidalgo y Diaz.
	Mauricio. . . . .	Guzm. (D. A.)	4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.
	D. Diego. . . . .	Noren.	En todos los intermedios tocará la orquesta piezas escogidas de óperas y Walses de Straus.
	Keen. . . . .	Perez.	
	Caballeros. . . . .	Garcia.	
		Paris.	
		Sanchez.	

CIRCO.  
A las siete y media de la noche.  
LUCRECIA BORGIA.  
Ópera seria en tres actos.  
IMPRESA DE BOIX